



# Introducción a los Fundamentos del Diseño

## Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo

Diseño de Indumentaria y Textil  
Cátedra Macchi



### Lecturas 3

Irving, Washington “Aventura de un estudiante alemán”. En Caillois, Roger, *Antología del cuento fantástico*. Sudamericana, Buenos Aires, 1967.

**Curso 2009 - cuatrimestre I**

Sorbona, proseguía sus especulaciones favoritas. A veces pasaba horas enteras en las grandes bibliotecas parisienses, esas catacumbas para autores difuntos, registrando sus viejas reservas polvorientas a fin de satisfacer su mórbido apetito. Era, en cierto sentido, una especie de gula literaria saciada en el osario de la literatura muerta.

Solitario y recluso, Wolfgang era sin embargo un temperamento muy ardiente que durante cierto tiempo se disipaba, únicamente en su imaginación. Era demasiado tímido e ignoraba demasiado las cosas mundanas para poder hacer insinuaciones al sexo débil, pero admiraba apasionadamente la belleza femenina y con mucha frecuencia poníase a pensar, en su retirada vivienda, en las formas y rostros conocidos, y su imaginación les confería encantos y perfecciones que superaban en mucho a la realidad.

Cuando su mente se excitaba y exaltaba así, siempre tenía un sueño que producía un efecto extraordinario sobre él. El rostro femenino que se le aparecía era de una trascendente belleza y la impresión producida era tan vigorosa que no podía olvidarlo. Así fue, en realidad, como se enamoró apasionadamente de esa irreal figura de sueño. Este sentimiento adquirió tanta importancia en él y perduró tanto, que se transformó en una de esas ideas fijas que obsesionan las mentes de los hombres melancólicos y que a veces se confunde con la locura.

Tal era Gottfried Wolfgang y tal era su estado en el momento en que comienza este relato. Regresaba pues a su casa una noche de tormenta, por las viejas y sombrías calles del Marais, el barrio más viejo de París. Los sordos fragores del trueno estremecían las calles estrechas y los altos edificios. Llegó hasta la plaza de Grève, donde se efectúan las ejecuciones públicas. Los relámpagos crepitaban sobre las altas torres del viejo edificio de la Municipalidad, y sus luces inciertas estallaban sobre la plaza. Retrocedió horrorizado al encontrarse de pronto muy cerca de la guillotina. Era la época más intensa del reinado del Terror, y por el horrible instrumento de la muerte, siempre listo, chorreaba continuamente la sangre de los bravos y los justos. Ese mismo día había realizado activamente su obra mortífera, y permanecía allí, en su siniestro escenario y en espera de nuevas víctimas, en el corazón de la ciudad silenciosa y dormida.

Wolfgang sintió que su corazón se agitaba pero cuando se apartaba de la horrible máquina advirtió una silueta acurrucada al pie de la escalinata que conducía hasta el patíbulo. Varios relámpagos violentos y seguidos le permitieron distinguirla mejor. Era una forma femenina, vestida de negro. Estaba sentada en uno de los últimos escalones del patíbulo, y tenía el busto inclinado hacia ade-

WASHINGTON IRVING

1785-1859

## AVENTURA DE UN ESTUDIANTE ALEMÁN

Durante una noche de tormenta, en la tempestuosa época de la Revolución francesa, un joven alemán regresaba a su domicilio a altas horas de la noche, a través de los viejos barrios de París. Resonaban los relámpagos y resonaba el sordo fragor del trueno en medio de las calles estrechas. Pero es conveniente hablar primero de este joven alemán.

Gottfried Wolfgang era un joven de buena familia. Estudió en Gotinga durante cierto tiempo, pero como era de temperamento visionario y entusiasta, pronto se aventuró en esas doctrinas audaces y altamente especulativas que con tanta frecuencia han extraviado a los estudiantes alemanes. Su vida retirada, su intensa aplicación y la singular naturaleza de sus estudios pusieron a prueba a la vez su mente y su cuerpo. Era de débil salud y de enfermiza imaginación. Se había dedicado a las especulaciones abstractas sobre las esencias del espíritu hasta llegar a erigirse, como Swedenborg, un mundo imaginario por encima del suyo propio. Se había convencido, no sé dónde, que pesaba sobre él una influencia maligna, que un mal genio o algún espíritu maligno trataban de apoderarse de él y de asegurar su perdición. Esta idea desgastaba su carácter sombrío y produjo el más ingrato efecto en él. Tornóse huraño y pesimista; sus amigos comprendieron que era presa de alguna enfermedad mental y decidieron que el mejor remedio sería un cambio de ambiente. Por consiguiente, lo enviaron para que finalizara sus estudios en medio de los esplendores y alegrías de París.

Wolfgang llegó a París a comienzos de la Revolución. En un principio, el delirio popular sedujo su espíritu entusiasta, apasionándose por las teorías políticas y filosóficas de la época, pero las sangrientas escenas que siguieron chocaron con su temperamento sensible y lo apartaron de la sociedad y del mundo, induciéndolo más que nunca a llevar una vida de reclusión. Retiróse a un departamento solitario del Barrio Latino, el barrio de los estudiantes. Y allí, en una calle sombría, no lejos de los austeros muros de la

lanic, el rostro hundido entre las rodillas y sus gruesas trenzas sueltas se arrastraban por el suelo, empapadas en la lluvia que caía a torrentes. Wolfgang se detuvo. Había algo horrible en ese solitario monumento angustioso. La dama daba la impresión de pertenecer a la alta sociedad. En esos tiempos llenos de vicisitudes, Wolfgang no ignoraba que más de una hermosa cabeza habitada a reposar sobre mullido plumón, ya no sabía dónde descansar. Sin duda era alguna desdichada viuda a quien el espantoso cuchillo había sumido de improviso en la desolación, y que se hallaba allí pestrada, profundamente dolorida, pues se había separado de su existencia y arrojado en la eternidad todo lo que amaba.

Se acercó y le dirigió la palabra con un tono de profunda simpatía. Ella levantó la cabeza y lo miró con expresión perdida. Cuál no sería entonces el asombro de Wolfgang al advertir en medio de la viva luz de los relámpagos, el mismo rostro que obsesionaba sus sueños: lívido y desesperado, pero de encantadora belleza.

Muy agitado por sentimientos violentos y contradictorios, la abordó nuevamente, tembloroso. Asombróse al verla expuesta así a la furia de la tormenta en una hora tan avanzada y le ofreció llevarla a casa de sus amigos. Con un ademán terriblemente significativo, ella señaló la guillotina.

—Ya no tengo amigos en este mundo —dijo.

—¿Pero no tenéis una vivienda? —dijo Wolfgang.

—¡Sí... en la tumba!

—Si un extranjero —dijo él— puede atreverse a hacer un ofrecimiento sin correr el riesgo de ser mal comprendido, me permitiría proponer a mi humilde vivienda como refugio y a mí mismo como vuestro fiel amigo. Yo tampoco tengo amigos en París, soy un extranjero en este país, pero si mi vida puede seros de alguna utilidad, ella está a vuestra disposición y será sacrificada sin haceros ningún mal ni ofensa.

La ferviente seriedad que denotaban las maneras del joven produjo su efecto. Su acento extranjero también lo favorecía, al diferenciarlo con mucha evidencia de la vulgar colectividad de los parisienses. Además, el verdadero entusiasmo posee una elocuencia que no puede rechazarse. La desolación de la desconocida se puso inmediatamente bajo la protección del estudiante.

El guió sus pasos vacilantes para atravesar el Pont-Neuf y la plaza donde fue derribada por el populacho la estatua de Enrique IV. La tormenta había amainado, y a lo lejos se escuchaba rodar el trueno. Todo París descansaba; el gran volcán de las pasiones humanas dormía durante algún tiempo, en procura de nuevas fuerzas para la erupción del día siguiente. El estudiante condujo a su

protegida a través de las viejas calles del Barrio Latino, rodeó los sombríos muros de la Sorbona para llegar al muy miserable edificio donde se hallaba su departamento. El viejo portero que le abrió manifestó cierta sorpresa al ver al melancólico Wolfgang en compañía de una mujer.

Al abrir la puerta de su departamento, el estudiante se sonrojó por primera vez por la pobreza y vulgaridad de su vivienda. Sólo tenía una habitación: una sala al estilo antiguo, ornada de pesadas molduras y amueblada de manera extravagante con los restos de su antiguo esplendor; tratabase en efecto de una de esas residencias próximas al Luxemburgo que otrora pertenecieron a la nobleza. La pieza estaba atiborrada de libros, papeles y de todos los objetos propios de un estudiante. La cama ocupaba una especie de alcorca en un rincón.

Cuando Wolfgang encendió una luz y pudo contemplar cómodamente a la desconocida, se sintió más embriagado que nunca por su belleza. Su rostro era pálido, pero de una deslumbrante blancura, realzada por una profusión de cabellos negros que la aureolaban. Sus grandes ojos chispeaban y en su expresión había algo extraordinariamente salvaje. Sus formas tenían una armonía perfecta, por lo que permitía juzgar su vestido negro. Toda su persona trasuntaba un sello de nobleza, a pesar de la extrema simplicidad de su arreglo. Lo único que se asemejaba a un adorno era la ancha cinta negra que llevaba en el cuello, con un cierre de diamantes.

Pero el estudiante sentía alguna turbación en lo referente a las disposiciones que debía adoptar para recibir convenientemente al ser abandonado que había tomado bajo su protección. Pensó en dejarle su habitación y en ir a buscar otro alojamiento para él. Pero se hallaba tan fascinado, su espíritu y sus sentidos estaban bajo tal influjo que no podía privarse de su presencia. La actitud de ella era también sorprendente y singular. Ya no pensaba en la guillotina, y su mismo dolor parecía apaciguarse. Las atenciones del estudiante, que desde un principio había ganado su confianza, aparentemente habían conquistado ahora también su corazón. Evidentemente, era tan apasionada como él, y los apasionados pronto se comprenden entre ellos.

En medio de la embriaguez del momento, Wolfgang le declaró su pasión. Le refirió la historia de su sueño misterioso, y cómo ella se había apoderado de su corazón aun antes de que hubiera tenido ocasión de verla. Extrañamente conmovida por su relato, ella reconoció sentirse atraída por él por una fuerza igualmente inexplicable. La época era de los audaces, tanto en lo referente a las ideas como en lo referente a los actos. Se había producido la lite-

ración de viejos prejuicios y de antiguas supersticiones. Todo sucedía ahora bajo el cetro de la "diosa Razón". Y dentro de toda la hojarasca del Antiguo Régimen, las formas y ceremonias del matrimonio resultaban superfluas a los espíritus más honorables. Reinaba la moda de los contratos sociales. Y Wolfgang era un teórico demasiado cabal para no ser el reflejo de las doctrinas liberales de la época.

—¿Por qué separarnos? —dijo él—. Nuestros corazones laten al unísono; para la razón y el honor, formamos un único ser. ¿Acaso se necesitan viles fórmulas para consumar la unión de dos almas elevadas?

La desconocida escuchaba con emoción: evidentemente había recibido las luces de la misma escuela.

—No tenéis vivienda ni familia —prosiguió Wolfgang—. Permitidme daros todo esto, o mejor, seamos uno del otro. Si es necesaria la forma, la observaremos. Os doy la mano. Me comprometo con vos para siempre.

—¿Para siempre? —preguntó gravemente la desconocida.

—¡Por siempre jamás! —respondió él.

La extranjera estrechó la mano que se le tendía:

—Entonces soy vuestra —murmuró ella. Y dejóse caer sobre el pecho del joven.

A la mañana siguiente, el estudiante dejó dormir a su joven esposa y salió a primera hora a fin de buscar un departamento más amplio, conforme con su cambio de situación. Al regresar, la encontró acostada en el lecho, con la cabeza extendida hacia atrás bajo el brazo. Le habló pero no obtuvo respuesta. Se acercó para despertarla y librarla de esa incómoda posición, pero la mano estaba fría e inerte, y su rostro era livido y duro. En una palabra, ya sólo era un cadáver.

Dominado por el horror y el espanto, el estudiante dio la voz de alarma en toda la casa. Se produjeron luego escenas de confusión. Llamaron a la policía. Pero cuando el oficial de policía penetró en la habitación se estremeció al ver el cadáver.

—¡Gran Dios! —exclamó—, ¿cómo llegó hasta aquí esta mujer?

—¡Cómo! ¿La conocéis? —preguntó Wolfgang con precipitación.

—¡Vaya si la conozco! —exclamó el oficial—. ¡Fue guillotínada ayer!

Se adelantó, y al desprender el negro collar del cadáver la cabeza rodó por el suelo.

El estudiante comenzó a aullar poseído por el delirio:

—¡El demonio! ¡El demonio se ha apoderado de mí!... Estoy perdido para siempre.

Trataron en vano de tranquilizarlo. La espantosa convicción de que un espíritu demoníaco había reanimado el cadáver para su perdición se había apoderado de él. Fue presa de la demencia y murió en un asilo de alienados.

*Traducción de Ricardo I. Zelarayán.*